



Sáenz Berceo, María del Carmen: *Confesionario y poder en la España del siglo XVII: Juan Everardo Nithard*, Logroño, Universidad de La Rioja, 2014, 389 págs. ISBN: 978-84-96487-77-2.

**Ezequiel Borgognoni**  
**Universidad de Buenos Aires/ CONICET**

Pieza textual cautivadora, encomiable y necesaria, aborda la historia de un personaje que ejerció una enorme influencia en la vida política de la segunda mitad del siglo XVII y que, pese a esto, no ha recibido la suficiente y esperada atención por parte de los historiadores de la Edad Moderna. Juan Everardo Nithard fue un jesuita que se desempeñó como confesor de la reina Mariana de Austria y que formó parte tanto del Consejo de Estado como de la exclusiva Junta de Gobierno que se constituyó después de la muerte de Felipe IV. En 1666 fue nombrado Inquisidor General y más tarde se desempeñó como embajador de España en Roma, arzobispo de Edesa y cardenal.

Una pregunta vertebra y organiza toda la obra: ¿Cómo una figura tan relevante terminó sus días lejos de España y su muerte suscitó tan poca repercusión? Para responder a dicho interrogante, María del Carmen Sáenz Berceo, de la Universidad de La Rioja –quien anteriormente había trabajado la figura de Nithard en la afamada obra *Los Validos* (Dykinson, 2004) de Luis Suárez Fernández y José Antonio Escudero López- ha utilizado un gran aparato original manuscrito custodiado en la Biblioteca Nacional de España, entre los que destacan los documentos elaborados de primera mano por Nithard en forma de *Memorias* y que están archivados en los manuscritos 8.344 a 8.352. Además de esto, fueron consultados originales conservados en el Archivo Histórico Nacional, en el Ministerio de Asuntos Exteriores y en el Archivo General de Simancas. En el exterior, fueron relevados el Archivo Secreto Vaticano y el de la Compañía de Jesús, ambos en Roma. Asimismo, en el aparato crítico se pueden apreciar consultas de originales y manuscritos custodiados en la British Library de Londres.

Estructuralmente, la obra se organiza en siete capítulos que transcurren desde el nacimiento del personaje hasta el momento de su muerte, atravesando la descripción y el análisis reflexivo de los momentos más importantes de su

trayectoria personal y política: su nombramiento como confesor de Mariana de Austria, su intervención en la vida pública española en tanto consejero, inquisidor y miembro de la Junta de Gobierno, las rivalidades cortesanas internas, la situación exterior, su expulsión de la corte, el exilio en Roma, su embajada en la corte romana, su papel como arzobispo y cardenal, sus últimas misiones, su testamento y su muerte. Al final del séptimo capítulo encontrará el lector un nutrido apéndice documental de ochenta páginas en donde la autora transcribe material inédito de consulta imprescindible para abordar la figura de Nithard.

En el capítulo primero, Sáenz Berceo repasa brevemente los primeros años de nuestro personaje, quien había nacido el 8 de diciembre de 1607 en el castillo de Falkenstein, de Mühlviertel, en el condado de Tirol, en Austria, territorio que por aquel entonces formaba parte del Sacro Imperio. Después de finalizar sus estudios de letras en la Universidad de Graz, tomó el hábito de la Compañía de Jesús a los 23 años de edad e inmediatamente comenzó a desempeñarse en las cátedras de Filosofía, Teología y Derecho Canónico de la misma universidad. Al poco tiempo, fue nombrado maestro y confesor de los archiduques Leopoldo Ignacio y María Ana –hijos del emperador Fernando III– y desde entonces ya no se separaría de doña Mariana, a quien acompañó a España para contraer matrimonio con su tío Felipe IV. En la corte española, Nithard se desempeñó como confesor de la reina hasta la muerte del rey que tuvo lugar en la madrugada del 17 de septiembre de 1665. Con motivo del fallecimiento del monarca, la reina buscó a un asesor desinteresado y leal que le guiara y orientara en los asuntos de gobierno, por ello introdujo a Nithard primero en el Consejo de Estado, y luego lo nombró miembro de pleno derecho de la Junta de Gobierno, nombrándolo inquisidor general. La autora indica que dichos nombramientos disgustaron a varios personajes de la corte alineados con don Juan José de Austria y su partido. Aquellos adujeron que la condición de extranjero y jesuita de Nithard le excluía del cargo. Esto era cierto. Sin embargo, el confesor fue naturalizado español por *Real Cédula de 20 de septiembre de 1666*. Cuatro días después, Mariana de Austria envió cartas al papa Alejandro VII rogándole que aprobase el nombramiento de este jesuita como inquisidor general y también escribió al cardenal Sforza solicitando que obtuviera del Sumo Pontífice la bula de confirmación y que este ordenase a Nithard que admitiese el cargo en virtud de santa obediencia. En octubre salían para Madrid dos bulas y un breve dirigido a doña Mariana. Las bulas confirmaban el nombramiento de Nithard y se lo obligaba a aceptar por obediencia al Papa. Sáenz Berceo explica que todos estos rápidos movimientos políticos instrumentados por Mariana de Austria para favorecer a su confesor estaban motivados por la insuficiente confianza que tenía la reina en quienes integraban la Junta de Gobierno. Como contrapartida, la confianza en su compatriota era ciega.

El capítulo segundo analiza el proceso de caída en desgracia de Nithard, que comenzó en el mismo momento en que pasó de ser confesor a ocupar los importantes cargos que ya hemos mencionado y finalizó cuando tuvo que salir de España camino a Roma el 25 de febrero de 1669. La oposición y el enfrentamiento de don Juan José de Austria, quien consideraba que la preeminencia de Nithard le pertenecía, se unieron a una serie de situaciones externas (la situación de Flandes) que provocaron la caída del hombre de confianza de Mariana de Austria. La autora

encuentra que la independencia de Portugal fue considerada desde España como una gran pérdida, y el pueblo no vaciló en responsabilizar de esto a Nithard, quien ciertamente no estaba exento de responsabilidad política. Además de la hostilidad popular, en el interior de la corte el grupo de presión comandado por don Juan tenía objetivos claros: echar a Nithard y hacerse con el poder. Sáenz Berceo identifica los miembros de dicho grupo de presión y entre ellos destaca la presencia de personajes de la alta nobleza, como el duque de Alba, que se sentían desplazados y humillados por un extranjero sin linaje. Asimismo, algunos ministros lo consideraban un oportunista engreído y pedante. También las órdenes religiosas se sentían apartadas tanto de la Inquisición como del confesionario regio, frente a la preeminencia que había conseguido la Compañía de Jesús. La campaña de desacreditación a la figura de Nithard fue encabezada, obviamente, por don Juan José de Austria, quien inundó la corte de papeles, sátiras, poesías y escritos para crear una gran confusión y generar una opinión pública contraria a Nithard. La autora llega a relatar con escrupuloso detalle las circunstancias que rodearon a los diferentes intentos fallidos de secuestro y asesinato contra el austríaco pergeñados por don Juan. El *asunto Patiño* fue el último intento de atentado contra Nithard y también contra la reina, en el que fueron utilizados tanto su secretario como su hermano Bernardo. A la postre, Bernardo Patiño –hermano del secretario de don Juan, Mateo- sería encarcelado por intentar asesinar al confesor de la reina. El plan era dejar a Mariana de Austria sin su hombre de confianza e introducirla en un convento para dejar así el camino libre al hermano del rey para que se hiciese con el poder con la excusa de proteger al rey menor. El atentado fracasó, don Juan huyó a tierras aragonesas y envió una carta difamatoria contra Nithard que, a pesar de ser recusada por otra misiva del confesor, generó un clima extremo de tensión en la corte.

En el capítulo tercero la autora expone de qué manera Juan de Austria preparó el camino para la expulsión de Nithard. Sáenz Berceo analiza cronológicamente y de manera ordenada las distintas cartas enviadas por don Juan de Austria a las ciudades del reino y a diferentes órganos y autoridades con el objetivo de conseguir el apoyo necesario para que el inquisidor general fuese apartado del lado de la reina, de todos sus puestos y cargos, y en definitiva fuese expulsado de España. El hermano del rey culpaba de su exilio al confesor de la reina y lo acusaba de atentar contra su integridad física. El capítulo que reseñamos contiene decenas de cartas, misivas, réplicas y contrarréplicas escritas tanto por don Juan, como por la reina, los miembros de las juntas y consejos, y el propio padre confesor. Entre los factores que explican la expulsión la autora destaca el temor de que los catalanes aprovecharan la situación y plantearan la separación, el apoyo de su virrey e importantes figuras a don Juan, la postura de los concejos contraria a Nithard, la propuesta del nuncio de que el padre confesor abandonase sus cargos para ser nombrado cardenal, los rumores de guerra civil y la hostilidad popular al jesuita.

A la expulsión le sucedió el exilio, asunto que es abordado en el capítulo cuarto de la obra. La reconstrucción del itinerario de Madrid hacia Roma ha sido posible gracias a la conservación de los papeles de José de Ribera, secretario del Consejo y de la Cámara de Inquisición. Sáenz Berceo relata la partida de Nithard

acompañado del cardenal de Aragón y sus sobrinos, de todo el tribunal de la Suprema Inquisición y de otros caballeros, en medio de un gran alboroto organizado por los partidarios de don Juan. La autora explica que Mariana de Austria se vio casi obligada a rogar a su confesor que se apresurase a salir de España, dado que don Juan la presionaba en este sentido. El 16 de mayo de 1669, Nithard llegó a Roma después de casi tres meses de viaje. El de Austria accedió a licenciar la tropa y fue nombrado vicario general del reino de Aragón por lo que se trasladó a Zaragoza, lejos de la corte.

Nithard entraba en Roma como embajador extraordinario ante la Santa Sede. En el capítulo quinto, la autora se ocupa de la embajada extraordinaria para el asunto de la Inmaculada, su actividad en Roma y asuntos concernientes tanto al obispado de Girgento como a la embajada. Desde tiempos de Felipe IV se buscaba conseguir el reconocimiento del dogma de la Inmaculada y la instauración del culto de la Virgen bajo esa advocación. Nithard conocía muy bien el tema y la reina confiaba en que era el hombre adecuado para este asunto pero desde Madrid los consejos impidieron que el nombramiento se hiciera efectivo y la soberana tuvo que desistir de su cometido. La actividad de Nithard en Roma se vio muchas veces entorpecida por el marqués de Astorga, embajador oficial ante el Vaticano, y el mismo papa Clemente IX. La escasa influencia del jesuita en la corte romana venía a demostrar que el nombramiento como embajador extraordinario era un artificio sin contenido efectivo que buscaba suavizar los efectos deshonrosos de la expulsión de España. Después de que Nithard tuviese que renunciar a su cargo de inquisidor general y ante una embajada sin contenido real, se reiniciaron las negociaciones por el cardenalato. La oposición del propio Clemente IX a condecorar al jesuita con la sacra púrpura y un capelo cardenalicio motivó a Mariana de Austria a encontrar una solución al asunto nombrándolo obispo de Girgento, en Sicilia. Pero el interesado ve inútil aceptar el mismo, lo manifiesta abiertamente, rechaza el nombramiento con anuencia del Santo Padre y reclama el capelo cardenalicio que se le había prometido antes de abandonar España. Al final del capítulo, la autora analiza una serie de acontecimientos encadenados que tienen lugar a inicios de la década de 1670 que permitieron a Nithard alcanzar un puesto y una posición decorosos en Roma.

El capítulo séptimo titulado “Arzobispo y Cardenal” narra los derroteros políticos que condujeron a la efectiva entronización del jesuita con dichas dignidades. En 1671, Nithard fue nombrado arzobispo de Edesa y aceptó servir la embajada ordinaria en Roma hasta que llegase el marqués de Carpio (Astorga había sido nombrado virrey de Nápoles) y se incorporase a su nuevo cargo. Un año después se daba satisfacción a la soberana española nombrando cardenal al padre Nithard. La autora describe algunos asuntos que como embajador realizó el ahora cardenal de Santa Cruz de Jerusalén desde su asunción efectiva en 1672 hasta que llegó Carpio en 1677. El análisis de la documentación demuestra que la reina escribía a su antiguo confesor ya sea para que su intervención lograra conseguir algo o también en casos en donde aconsejaba abstenerse de participar en determinados asuntos que no eran de incumbencia a la monarquía. Los circunstancias económicas que rodearon a la embajada de Nithard en Roma son tratados en detalle por la historiadora española que demuestra la gran cantidad de

## RESEÑAS

dinero que se le debía al cardenal por las gestiones y pagos que había tenido que realizar en servicio de la monarquía y para los que había usado sus propias asignaciones y pedido crédito. Se presentan aquí las posiciones difíciles de conciliar entre los consejeros, secretarios y el propio cardenal en relación al monto de lo adeudado. Finalmente, el capítulo termina relatando el periplo de Carpio por Italia hasta que arribó a Roma y se ocupa de recrear las relaciones cordiales que se dieron entre el marques y el cardenal.

En el capítulo final se narran en poco menos de diez páginas los últimos años de quien quedó en Roma como jesuita y cardenal, pero apartado de cualquier cargo político o de representación hasta su muerte el 1 de febrero de 1681. La autora indaga cuáles fueron las últimas actividades de Nithard y encuentra que sus años de vejez los dedicó a escribir sus memorias, el cumplimiento de sus obligaciones como cardenal y la realización de gestiones que determinadas personas le solicitaban en Roma. Sáenz Berceo presenta una copia del testamento y analiza brevemente su contenido concluyendo que la herencia que dejaba el cardenal era importante en cuanto a bienes religiosos, pero el dinero que se le adeudaba, y que tanto había reclamado en vida, no sabemos si los jesuitas –herederos universales del cardenal– consiguieron recuperar.

En suma, recomendamos la lectura comprensiva y atenta de *Confesionario y poder en la España del siglo XVII: Juan Everardo Nithard*. Esta pieza constituye un producto apropiado para los investigadores no solo interesados en la figura del confesor de Mariana de Austria sino también para aquellos estudiosos de las propias dinámicas políticas de la segunda mitad del siglo XVII, un periodo hasta ahora poco visitado por los historiadores hispanos, pero de innegable interés y relevancia. Si bien la enorme cantidad de notas al pie pueden abrumar al lector, sugerimos una atenta lectura de las mismas por dos motivos. En primer lugar, porque en varias ocasiones la autora presenta allí importantes documentos que hacen de soporte a lo enunciado en el cuerpo textual. Por otra parte, invitamos a su lectura porque determinadas preguntas e hipótesis del trabajo son presentadas en dicha sección. Aspecto, este último, significativo en el libro de Sáenz Berceo en el cual no encontrará el lector un tópico o aspecto de la investigación que no esté fundando por las fuentes.